

# Angkor

En marzo de 2003, seis meses antes de nuestra llegada, el cuerpo del Shiva yacente y el rostro de su esposa Laksmi, grabados ochocientos años antes en las rocas de arenisca del lecho del río de los mil lingams, fueron robados a golpe de cincel y mazo, y la visión de la cicatriz amarillenta sobre la piedra oscura de la que los arrancaron los ladrones me golpeó como una mutilación intolerable. El expolio, nos explicó el guía, era una consecuencia de las declaraciones realizadas semanas antes por la recién elegida miss Tailandia (según ella las grandes construcciones de Angkor no eran de origen khmer sino tai). Luego, con más lógica, lo atribuyó a la acción combinada de corrupción y pobreza pues, como él mismo aclaró, muchas otras imágenes esculpidas en las rocas de aquel lecho, a un tiempo mágico y hermoso, habían sufrido ya antes, y pese a la reforzada vigilancia, también después, la misma o parecida suerte.

Los escasos dos días que llevábamos en el país nos bastaban para comprender que el saqueo de los tesoros de la cultura khmer era tan antiguo como el colapso, a mediados del siglo XIV, de esa misma cultura, y al oírlo me dije que ese sostenido expolio, junto al niño de seis o siete años que nos había perseguido pidiendo limosna con otro niño aún más pequeño (tal vez un hermanito) a la espalda por las calles de Siem Reap la noche de nuestra llegada, era la metáfora más apropiada de la desgraciada historia del país y de sus gentes. Tardé poco en decirme que sin duda era un pensamiento injusto pues en apenas cinco años sin genocidios ni guerras, con grandes zonas todavía minadas e inservibles para el cultivo y poca ayuda exterior, era

evidente que los camboyanos habían realizado grandes esfuerzos para sobreponerse a la reciente memoria del horror y al implacable cerco de la miseria.

Merche, Alberto Pilar y yo habíamos llegado a Siem Reap (donde varios siglos atrás los invasores tai fueron derrotados) en un vuelo de la BKK Airlines procedentes de Bangkok y lo primero que nos llamó la atención fue que al poco de cruzar la frontera (o la línea imaginaria donde desde el aire se suponía que estaba la frontera) tanto la superficie cultivada como el tamaño de las parcelas disminuían drásticamente. A simple vista estaba claro que aquellas no eran explotaciones intensivas orientadas a la exportación sino poco más pequeños huertos familiares cultivados con métodos artesanales y con la producción dirigida a los mercados locales o a la mera subsistencia. También nos sorprendieron la inmensidad del gran lago, la extrema lentitud de los funcionarios encargados de los visados y la gran concentración de hoteles de nuevos (quince ya construidos y otros quince en construcción según explicó el empleado de la agencia que acudió a recibirnos) a ambos lados de la carretera que une el aeropuerto con la ciudad.

Llegamos al hotel, nos registramos, dejamos el equipaje en la habitación y volvimos al jardín de entrada para encontrarnos con el guía que había de llevarnos a Angkor Thom, “la gran capital”. Viéndolo por vez primera desde la carretera de acceso es difícil darse una idea de la grandiosidad del lugar, algo que probablemente solo es posible, volando a una altura apropiada, por ejemplo en helicóptero o en globo, desde el aire. Por desgracia, en ese caso el otro elemento básico de Angkor - la escala fundamentalmente humana de sus edificaciones y la rara perfección de los detalles ornamentales, esculturales y

arquitectónicos – se pierde por completo. Pues, en mi modesta opinión, es precisamente en ese contraste entre la vastedad del empeño urbanizador de sucesivos reyes khemer y las concreciones materiales y simbólicas con que a lo largo de casi seis siglos (del VIII al XIV) se fue realizando, donde reside uno de los rasgos característicos de Angkor y una de las diferencias básicas con otros proyectos colosales anteriores, coetáneos o posteriores a él. Contraste que no se percibe en Angkor Vat, situada al sur de la antigua capital y debida a Suryavarman II, cuya superficie total (85 hectáreas) no se puede comparar con los 9 kilómetros cuadrados de Angkor Thom pero que desde cualquier punto de vista que se observe produce una impresión no solo de suprema armonía sino de una intencionada (y muy conseguida) grandiosidad.

Se ha escrito tanto y, sobre todo, se ha fotografiado tanto Angkor a cualquier hora del día y de la noche, y en cualquier estación del año, que es casi imposible decir algo original sobre un lugar que el año anterior, según nos explicó el guía, recibió algo más de un millón de turistas (el 90% de los que visitaron el país) y cuyas expectativas eran incrementar el número de visitantes entre un veinte y un cincuenta por ciento cada año durante los siguientes diez. De hecho, cada ángulo, cada terraza, cada escultura y cada bajorrelieve, cada ruina invadida, a menudo literalmente envuelta, por lianas y raíces, ha sido reproducida una y otra vez en libros, postales, películas, videos y discos compactos. Y, sin embargo, hay algo único en la sensación que se experimenta paseando entre sus piedras y muros, subiendo y bajando sus escaleras, entrando y saliendo de sus habitaciones y templos, ora restaurados, ora en ruinas, sobre todo si, como nos ocurrió a nosotros, al escaso número de visitantes propio de la estación de lluvias se añaden dos o tres horas de claros

entre las nubes, y los juegos de luces que el cielo derrama entonces sobre la tierra se combinan con los contraluces de puertas, arcos, dinteles y estancias para producir un ambiente de real irrealidad, una suerte de magia a un tiempo vegetal y geométrica capaz de transformar a los campesinos cham, a los comerciantes chinos, a los emisarios tais, y a las mujeres, guerreros, sacerdotes, escribas y cortesanos khmer, representados en bajorrelieves y pinturas sorprendentemente detallistas, en seres vivos y actuantes, como si la historia inmortalizada en piedra se liberara por unos momentos de su rigidez fósil y discurriera una vez más, alegre y cruel, maravillosa y terrible, ante nosotros.

Dicho lo cual conviene, no obstante, evitar las ilusiones excesivas pues aunque en esta época del año deje de llover un par de horas, la humedad es tanta y la temperatura tan alta que uno acaba igualmente ensopado, y aunque el cielo siga en lo fundamental cubierto, el resol es muy intenso y, si como me ocurrió aquella mañana, uno ha sido lo bastante imprudente para olvidarse las gafas de sol en la habitación del hotel, se pasará la mayor parte del tiempo deslumbrado, buscando a la desesperada los espacios cerrados y las zonas umbrías y tratando, sin éxito, de secarse unos ojos.

Comer algo y beber bastante son también condiciones necesarias para sostenerse durante la visita y en pocos lugares como en esta enorme zona semipantanosas, he sentido cuán conveniente resulta estar en buena forma y mantenerse hidratado para no sucumbir al efecto combinado del esfuerzo y el clima. Asuntos estos sobre los que, como los elementos a fotografiar o los mejores lugares desde donde encuadrar las fotos, o los irrepetibles nombres de los distintos reyes que erigieron la ciudad y los templos, cualquier guía que se

precio suele informar bien y tener previstos. Al igual que sobre el modo de tratar con las nubes de niños de la calle y de vendedores ambulantes que se arrojan sobre los turistas a la llegada y a la salida del recinto (y al entrar y salir de cada templo) que sustancialmente consiste en no prestar atención, no establecer contacto visual, no hablarles, no darles nada; o, en todo caso, aguardar hasta el final y comprar o darles algo ya muy cerca del coche para evitar que se corra la voz y la visita se acabe transformando en un inverosímil ejercicio de regateo, en una incómoda gymkhana entre decenas de voces incomprensibles, manos extendidas y ojos implorantes.

Lo que no siempre es posible. No lo fue, por ejemplo, esa noche cuando, concluida una más que aceptable cena en el restaurante del hotel – mi hija nos lo había recomendado porque estaba en el centro de la ciudad y era pequeño y sin pretensiones – salimos a recorrer los barrios situados al otro lado del río. Como el resto de la ciudad estaban poco o nada iluminados y las únicas luces encendidas eran las bombillas de bajo consumo y las lámparas de butano de tres o cuatro casas de huéspedes, algunas tienditas aún abiertas y uno o dos cibercafés. Entramos en uno de ellos para llamar a Bangkok y hablar con mi hija, y fue a la salida cuando aquél niño descalzo, casi desnudo, de piel aceituna y costillas marcadas se acercó llorando. Le calculé entre seis y siete años y solo al cabo de unos segundos vimos los dos manitas sobre el esternón, los delgados bracitos en torno a su cuello y, por fin, pegado a la espalda como una cría de canguro a la marsupia materna, el cuerpo mínimo, casi insignificante, de quien, insistía el chico, era su hermanito pequeño. La rapidez con que, vulnerando las más elementales normas de la prudencia, metí la mano en el bolsillo, saqué un puñado de billetes y le di al muchacho dos de un

dólar tradujo mejor que cualquier otro gesto el impacto que su visión y sus lágrimas me produjeron. Impacto que se vio reforzado por la imprevista contemplación, cincuenta metros más allá, de las rutilantes luces de un elegante café iluminado con tecnologías y consumos del primer mundo y en torno a cuya terraza al aire libre, y a los dos automóviles con el logo de la corporación dedicada a desminar Camboya aparcados junto a ella, una pareja de guardias de seguridad privados vigilaban.

Nos retiramos hacia el hotel sin decir palabra y poco antes de llegar Pilar rompió el silencio diciendo que no habíamos sabido reaccionar, que deberíamos haber entrado en una tienda y haberle comprado al chico algo de comer, o caramelos, o algún juguete. Yo dije que se me había encogido el estómago y había hecho lo único que había sido capaz de hacer, y a continuación añadí algo así como que hay decenas de miles como él en Camboya, millones en el mundo, solo que este estaba aquí y nos ha salido al paso a nosotros, y siempre resulta amargo verle los ojos a la desesperación y la miseria, real o exagerada, qué más da, desesperación y miseria al fin y al cabo. Fue entonces cuando sin hablar, sin ponernos previamente de acuerdo, hicimos algo imprevisto y fue darnos la vuelta, cruzar de nuevo el río y volver al barrio para, no hacía falta decirlo, tratar de encontrarnos con el chico de nuevo. Eso ocurrió no lejos de donde le habíamos visto por última vez. Estaba de pie junto a una extraña plataforma de madera sobre la que había depositado a su hermanito y bajo la cual, aunque esto tardamos unos momentos en notarlo, había también otros niños de aspecto parecido y más o menos de su misma edad.

Mientras Merche, Alberto y Pilar se quedaban junto a ellos e intentaban comunicarse por señas, yo fui hasta una de las tienditas que seguían abiertas y entre las escasas y más bien decaídas mercancías escogí un paquete de galletas de coco. Cuando regresé donde los había dejado, los niños los rodeaban a los tres y sonreían, y unos cuantos adultos, la mayoría mujeres pero también dos o tres ancianos arrugados que fumaban en pantalón corto y camiseta, contemplaban la escena con indiferencia. Le entregué las galletas a Pilar y ella se las dio al niño quien las recibió con las dos manos extendidas y una amplia sonrisa iluminándole el rostro. Una sonrisa que nos redimió, o eso quisimos creer, de nuestra mala conciencia aunque en mi caso por poco tiempo pues al llegar al jardín del hotel estaba otra vez de muy mal humor y no pude evitar comentárselo a mi hijo. “¿Sabes?” le dije “En estos casos nunca sé que es peor si darles algo o no dárselo. Pero haga lo que haga, me siento fatal”.

Por la mañana Pilar y yo seguíamos bajo la impresión del encuentro de la noche anterior cuando Alberto y Merche se nos unieron para el desayuno y fueron los mosquitos, al parecer muchos y muy agresivos durante la noche, y la especial sensibilidad de Merche a sus picaduras, lo que nos ocupó la conversación durante un buen rato. Pasamos la mañana recorriendo otras zonas de Angkor que ahora no podría ubicar en un mapa pero cuyas edificaciones, relativamente bien conservadas aunque bastante invadidas por las raíces y los troncos de árboles inmensos, me parecieron, aún más que las que habíamos visto hasta entonces, directamente sacadas de una película de Indiana Jones. Según nuestro guía Angelina Jolie había rodado aquí dos años antes varias secuencias de una de sus películas sobre Lara Croft, y para

probarlo nos mostró un camino trazado sobre el lodo con sacos terreros cuya arpillera se mantenía todavía blanca en varios tramos. Al parecer la actriz quedó prendada de la belleza del lugar y feliz por el trato recibido, y en pago de ello se dedicó durante varios meses a popularizar los encantos de Angkor por el mundo.

Almorzamos en un restaurante de lujo situado en el interior del recinto que disponía de aire acondicionado, menú internacional y khmer, y guardias en las puertas para impedir el paso a las nubes de niños y de vendedores ambulantes, por el módico precio de tres dólares por persona. Durante la comida, intrigado por los abandonos, saqueos y reconstrucciones de Angkor a lo largo de la historia, le pregunté al guía, que hasta ese momento había mostrado una esmerada profesionalidad y una sorprendente memoria para nombres, medidas y fechas, cuál había sido en su opinión el periodo de mayor destrucción del sitio y él contestó sin vacilar que el siglo XX. “Franceses, japoneses, norteamericanos, los khemeres rojos y las tropas vietnamitas..., cada uno hizo los suyos” contestó. Y luego, con gesto triste y voz pausada, añadió: “Y ahora, sobre todo, la corrupción y la pobreza. Hoy en día, hasta los policías le venden sus chapas a los turistas para sacarse unos dólares”

Después de comer visitamos el Phnom Bakheng desde donde, según nos explicó, al atardecer pueden verse unas maravillosas puestas de sol sobre el lago. Una vez arriba, sin embargo, me interesaron menos sus explicaciones sobre el simbolismo religioso de sus siete niveles (pues siete son los cielos del hinduismo) y de sus 108 torres (al parecer el número 108 está relacionado con el calendario lunar), que algunas observaciones formuladas como de pasada al final de la comida: que solo los palacios y templos se construían en piedra

mientras las casas y otros edificios públicos tenían que ser de madera; que en el momento de mayor esplendor vivía en la ciudad un millón de personas mientras el Londres de la época apenas llegaba a cincuenta mil; que la clave del sostenimiento de aquella inmensa urbe era el sistema de canalización de las aguas del río Siem Reap que alguno de los primeros viajeros franceses declararon haber visto todavía en funcionamiento a mediados del siglo XIX. Estas prosaicas informaciones que, como enseguida comprobé, pueden leerse en cualquier guía de viaje, y sobre las que estuve meditando largo rato, produjeron en mi ánimo un curioso efecto, parecido, me imagino, al que en los investigadores de códices medievales debía causar el hallazgo de unos antiguos pergaminos con la explicación definitiva de los secretos de construcción de las catedrales góticas.

Bajamos, volvimos al coche y de regreso en Siem Riap nos detuvimos un par de horas en el mercado antiguo, donde las reproducciones de todo lo que acabábamos de ver al natural nos parecieron muy malas, al contrario que las telas estampadas, que eran de una calidad magnífica. Salimos, atravesamos la ciudad y, por la estrecha carretera que discurre paralela al cauce del río y que enseguida se transforma en una senda de arena cortada por una innumerable sucesión de badenes y baches, llegamos al “fishing village”, la aldea de pescadores lacustres que la UNESCO declaró Patrimonio de la Biosfera en 1997.

Dejamos el coche cerca de la casucha que alberga la estación de policía (coronada por un águila de madera que me recordó las de los tótems de los indios norteamericanos), fuimos hasta el embarcadero y subimos a una barca con la que durante la siguiente hora y media recorrimos el río hasta la

desembocadura en el lago. Cualquier cosa que flote tiene utilidad en el “fishing village”. Vimos una iglesia católica pintada de azul añil con carteles en khmer y en viet; barcas con futbolines, jugadores de dominó y mesas de billar; barcas que funcionaban como peluquerías; mujeres lavando y tendiendo ropa en las barcas; barcas-tienda; barcas de pesca con las redes tendidas y puestas a secar; una barca-tanque de TOTAL con las mangueras enrolladas; mujeres y niños sentados en corro despiojándose unos a otros en una barcaza descubierta; niños jugando y saltando desde las barcas para bañarse en aguas infectas; barcas de alquiler más modernas que anunciaban el trayecto hasta Phnom Penh en cinco horas y media (las rápidas) y en día y medio (las lentas); barcas funcionando como emisoras de radio, lugares de reunión y escuelas; y a medida que nos acercábamos a la desembocadura del río en el lago, grandes barcazas de dos puentes que eran la parte visible de modestas piscifactorías (la mayor parte de ellas sumergida en forma de tanques, jaulas y nasas bajo las lodosas aguas del río) y que disponían asimismo de un pequeño restaurante donde, si no se es demasiado escrupuloso, uno puede degustar las especialidades de la zona por un precio módico.

Visto desde la desembocadura del río, el gran lago de Tonlé Sap me recordó una enorme pradera de color gris azulado azotada por el viento y mientras nuestro guía nos hablaba de ella, intenté imaginar el desarrollo de la batalla naval que en el siglo XII enfrentó sobre sus aguas a las flotas khmer y cham y que se saldó con la derrota de aquellos y posterior saqueo y destrucción de Angkor. Debió ser en ese momento, o quizá más tarde mientras, iniciado ya el camino de regreso, nos detuvimos en una de las piscifactorías para conocer por dentro su funcionamiento y probar algunos de los platillos

favoritos, cuando me dio por comparar la imagen del bajorrelieve de la batalla que ya no recordaba en cuál de los muchos templos visitados habíamos visto, y la realidad viva y palpitante de los habitantes de aquella ribera pestilente, gentes que nacían, vivían, trabajaban, se reproducían y, probablemente, morían a la vista de todos, y de las que la historiografía al uso nunca se ocuparía.

Por una de esas asociaciones de ideas que a veces me asaltan sin que pueda evitarlo recordé asimismo un libro que había leído poco antes de volver a España y que me había producido una enorme impresión, “A People’s History of the United States”, donde su autor, Howard Zinn, trata de reescribir en poco más de quinientas páginas la historia del país más poderoso de la tierra desde el punto de vista de los derrotados. Lo comenté en voz alta mientras Alberto y yo dábamos cuenta de una enorme ración de quisquillas y Pilar y Merche nos miraban sin atreverse a imitarnos, y una de ellas, no recuerdo bien cuál, me contestó que si se mantuvieran las proporciones de libro de Zinn, la historia de los khemeres comunes y corrientes ocuparía como mínimo mil quinientas páginas y era poco probable que alguien lo leyera, pero que no me preocupara, pues estaba segura de haber visto un extenso documental del National Geographic sobre la vida en el poblado meses atrás, cuando ni por asomo podía imaginar que acabaría visitándolo.

“Si buscamos bien lo encontraremos en alguna parte, y si no, seguramente estará en la tiendita del aeropuerto” añadió animada pero yo comprendí que la, sin duda, bien trabajada versión de los reporteros del National Geographic sobre lo que acabábamos de ver, oír, oler, sentir y gustar era lo último que deseaba llevarme de aquél lugar como recuerdo. Una idea

sobre la que volví a reflexionar esa noche mientras, a solas en el pequeño jardín del hotel (después de cenar Pilar se había retirado temprano y Alberto y Merche prefirieron salir a dar un paseo por la ciudad) y escuchando el potente croar de las ranas y el violento ruido de unos pájaros negros parecidos a cuervos pequeños que invadían árboles y tejados, anotaba en mi agenda las impresiones del día y que, por razones que no he logrado desentrañar, me produjo en aquél momento una profunda e íntima satisfacción.

Iniciamos nuestro tercer y último día en Angkor visitando el crematorio real del cual guardo en primer lugar la imagen de unas escaleras con peldaños de una tal altura que quien por subiera por ellos no tuviera más remedio que hacerlo inclinado pues en el hinduismo el humo de la pira funeraria es, en realidad, el alma del muerto ascendiendo al cielo y un alma en tránsito es un alma en tránsito, sobre todo si es el alma de un rey. Recuerdo también haber pensado, no sé si acertada o equivocadamente, mientras las subía que en el complejo e inacabado esfuerzo de maridaje entre hinduismo y budismo, fácilmente apreciable en muchas de las edificaciones que visitábamos, habían sido los budistas quienes habían hecho la mayor parte del esfuerzo, el cual había sido rápidamente revertido por los hinduistas tan pronto recuperaron el favor real. Al poco de llegar arriba y mientras intentábamos orientarnos en la contemplación del paisaje, las nubes se abrieron de golpe y, pese a lo temprano de la mañana, el sol nos quemó con fuerza obligándonos a descender rápidamente, agradeciéndole a nuestras respectivas obligaciones laborales el cúmulo de restricciones que nos permitían venir solamente en

agosto y con nubes y no con los ricos o los jubilados de clase media del primer mundo, dos o tres meses más tarde.

Continuamos luego nuestro trayecto hacía el río de los mil lingams siguiendo una carretera de tierra en tan mal o peor estado que la que nos llevó al fishing village. Cruzamos frente a pequeños poblados agrícolas y campos cultivados, mayoritariamente arrozales, donde vimos reses, gallinas y gente viviendo no solo en chozas de palma sino también en casas de madera e incluso en algunas de ladrillo que parecían nuevas. En un momento dado, nuestro guía, que como las jornadas precedentes hacía también de chofer, giró a la izquierda y abandonó el camino principal para tomar otro que ascendía por una ladera y se internaba enseguida en un espeso bosque. Este último tramo, de unos diez o doce kilómetros era aún peor que el anterior y con pendientes muy pronunciadas, y nos costó media hora recorrerlo. Las ruedas patinaban a menudo en el lodo y, contra lo que cualquiera hubiera hecho en ese caso, vimos que nuestro guía tenía buen cuidado en no meter las ruedas en las zonas cubiertas de vegetación rala que bordeaban el camino. Cuando se lo mencioné él señaló unos redondeles de pintura roja, relativamente nuevos, que alguien había ido haciendo a media altura del tronco de la primera fila de árboles. “Este bosque sigue minado y es peligroso” aclaró, y ya no le volvimos a preguntar.

Llegamos por fin a un claro, descendimos y ascendimos durante unos diez minutos por un sendero estrecho tallado entre las nudosas raíces de árboles altísimos, cruzándonos de tanto en tanto con algún pequeño grupo de turistas japonese y oyendo la mayor del tiempo el fluir del agua a nuestra izquierda hasta que al girar una curva vimos una bella cascada y, un poco más

arriba, la zona del lecho del río donde durante casi un siglo la realeza khmer venía reposar, a refrescarse y a honrar a Shiva a Vishnu y a sus respectivas consortes. El lugar transmitía una sensación de frágil belleza acentuada por el hecho de que, según se nos dijo, durante la estación seca el río apenas lleva agua y la mayor parte de los bajorrelieves esculpidos en las piedras del lecho quedan al aire libre, aún más expuestos, si cabe, a la acción erosiva y depredadora de los distintos agentes. Fragilidad que no se veía compensada por el hecho de que la única protección visible de semejante tesoro era una cuerda extendida con evidente desgana, unos tramos sí y otros no, a lo largo de la orilla de modo que los turistas más osados o menos cuidados podían recorrer, como algunos efectivamente hacían, saltando de piedra en piedra buena parte del lecho del río.

Además de las imágenes de dioses y diosas, y de los abundantes lingams y yonis de todos los tamaños y tipos visibles en cualquier lugar hacia donde dirigiéramos la mirada, nos llamaron la atención las hermosas representaciones de animales, vacas y ranas entre ellos, de una elegancia como no habíamos visto antes. Al parecer no es raro, como también se nos dijo, observar, a determinadas horas de la mañana o la tarde, serpientes pitones de llamativos colores bajar de los árboles para refrescarse o beber en las limpias aguas. Durante la hora larga que pasamos dejándonos maravilliar por aquél sitio único, un enjambre de mariposas de colores blancos, amarillos y negros revolotearon sin cesar sobre la superficie del agua, subiendo y bajando en rápidos zigzags, unas veces hacia nuestra orilla y otras hacia la opuesta con lo que la impresión de estar hollando un lugar encantado y remoto se acrecentó sobremanera. De hecho, como pude comprobar más tarde leyendo la guía,

Kbal Spean (“El Puente Principal”) fue “redescubierto” por un arqueólogo francés en 1969 pero no se pudo visitar hasta 1998, y aún así con las precauciones que los círculos rojos pintados en los troncos de los árboles nos habían recordado durante nuestra llegada.

Concluida la visita, que si por nosotros fuera se habría prolongado durante todo el día, regresamos por el mismo camino hasta la base de la colina, tomamos la dirección a Angkor y luego una nueva desviación que nos llevó hasta el Banteai Srei o “Templo de las mujeres”, uno de los pocos que no fue mandado edificar por un rey sino un brahmin, construido todo él en piedra rosada y considerado por muchos una de las cumbres (si no “la” cumbre) de la arquitectura angkorina.

Paramos a comer en un pequeño restaurante al aire libre de aspecto no demasiado alentador situado frente al templo y donde fuimos rodeados por cinco o seis perros vagabundos que pese a su lamentable aspecto no nos incomodaron demasiado. En parte porque era nuestra norma cuando nos veíamos obligados a comer en lugares así, y en parte porque el calor y la humedad nos habían quitado el apetito, solo pedimos arroz con vegetales y curry, y mientras Alberto y yo, pedíamos la cuenta Pilar y Merche se levantaron para comprar unas botellas de agua. La operación se vio cortada en seco porque a mitad camino entre el mostrador y la mesa a Merche le cayó encima un ratón desde el techo de paja del chamizo. Era un ratoncillo de campo, de color gris oscuro, no más grande que una pelota ping-pong, y estaba muerto, pero su presencia (y la más que probable de sus numerosos y vivos congéneres) en las inmediaciones de los fogones y cazuelas de aquél

establecimiento nos ratificó en lo acertado del menú y en la decisión de no prolongar ni un minuto más la sobremesa.

La palabra Banteai significa fortaleza y aunque este templo la comparte con otros cuyas murallas exteriores puedan, tal vez, justificar ese nombre ni por sus dimensiones ni, sobre todo, por el refinado, casi lujurioso esplendor de sus bajorrelieves se justifica en su caso. Las cenefas con motivos vegetales, las mujeres bellamente ataviadas y con flores de loto en las manos, los animales (en particular elefantes y monos), las escenas del Ramayana, la sobreabundante representación de dioses, diosas y guardianes, el entorno que lo circunda y las proporciones mismas del recinto y de cada uno de los elementos que lo forman, sumados al vívido recuerdo del río de los mil lingams nos produjeron un efecto especial cuya expresión más evidente fueron unos irrefrenables deseos de volver otro año. Y no para pasar no tres o cuatro días sino dos semanas o un incluso un mes entero recorriendo estas y otras maravillas del arte khmer que a pesar de las guerras, las catástrofes y los saqueos, han conseguido llegar hasta nosotros.

Un deseo que se vio indudablemente reforzado por la siguiente visita al Preah Neak Pean, un pequeño templo budista del siglo doce formado por un gran estanque central en cuyo centro hay una isla circular contorneada por dos nagas con las colas entrecruzadas, rodeado por cuatro estanques laterales orientados hacia los cuatro puntos cardinales. El estanque central, nos explicó el guía, formaba parte de un proyecto de irrigación más amplio destinado a servir las necesidades del Preah Khan, la residencia provisional de Javarmayan VII mientras se edificaba Angkor Thom, y contaba en su día con cuatro estatuas de las que solo una, un caballo con piernas humanas, reconstruida a

partir de los restos que dejaron los arqueólogos franceses que descubrieron el templo, permanece hoy en día, precisamente sobre el estanque del lado oeste. En su momento, el agua fluía del estanque central a los laterales a través de cuatro fuentes. La orientada al norte, con forma de cabeza de elefante, se relacionaba con el agua; la orientada al este, con forma de cabeza humana, se relacionaba con la tierra; la orientada al sur, con forma de cabeza de león, se relacionaba con el fuego; y la orientada al oeste, con forma de cabeza de caballo, se relacionaba con el viento. El esfuerzo de los seres humanos por acomodar el entorno natural y las fuerzas que lo rigen a la representación mental que en cada momento nos hacemos de ellas, y el carácter culturalmente determinado de esa misma representación, se nos hizo evidente una vez más.

Una impresión que contrastó extraordinariamente con la que había de dejarnos la última visita del viaje que, no por casualidad, resultó ser al Ta Prohm (“el templo escondido” en palabras de nuestro guía) cuyo atractivo radica precisamente en ser el único de los templos mayores de Angkor que ha sido dejado a la voracidad de la jungla para que mediante la contemplación de sus torres derruidas, su patios y estancias arruinados, y sus corredores obstruidos por piedras talladas, espesa vegetación, musculosas raíces, sus bajorrelieves, frontones y dinteles coloreados por líquenes y mohos, los visitantes puedan tener una visión semejante – la obra humana precedera en contraste con la inextinguible fuerza de la naturaleza - a la que tuvieron los europeos que, a mediados del siglo XIX, se adentraron por vez primera en aquellas regiones.

La foto de alguna de las puertas principales del templo, una inextricable mezcla de arquitectura vegetal y humana, y que a menudo incluye la imagen de un anciano khemer de baja estatura, cabeza calva, larga camisa oscura, pantalón corto y piernas casi esqueléticas que, levemente inclinado y en apariencia riente, barre el suelo ante sus pies descalzos con una escobilla de ramas secas, suele ser portada de muchos de los libros sobre Angkor. Un lugar ideal para que en cada sombra y tras cada recodo los negros ojos de un niño-guía traten de captar su atención para ofrecer enseguida un recorrido especial por el laberinto a cambio de una compensación que, independientemente de su naturaleza y cuantía, nunca logrará satisfacer la incurable mala conciencia de quien la da y las desesperadas necesidades de quien la recibe. De nuevo allí, la herida todavía amarilla de otra cara robada sobre la piedra musgosa nos recordó que el pillaje proseguía y las que palabras más repetidas durante nuestras visitas habían sido “collapsed” y “stolen” seguidas muy de cerca por “civil war”.

Regresamos a Siem Reap cruzando campos de arroz en plena siembra. Familias enteras se inclinaban en los lodazales con el barro hasta la rodillas pues en Camboya las vacaciones escolares van de agosto a octubre para que los niños puedan ayudar en las faenas del campo algo muy semejante a lo que hasta hace no tanto seguía ocurriendo en España y que todavía mi abuela, nacida en una familia campesina de Valdilecha, achacaba a la necesidad de contar con todos los brazos disponibles para las labores de siega y vendimia.

Entramos en la ciudad, fuimos al mercado central para las últimas compras (unas cabezas de buda, un gran libro ilustrado sobre la arqueología de Angkor, unas cajas para la preparación del “steam rice”), pasamos por el

hotel para pagar la cuenta y recoger las maletas, y partimos de inmediato hacia el aeropuerto. Mientras escuchaba a mi hijo comentar que uno de los diarios que había recogido en el hotel informaba de la inminente formación de un gobierno de coalición entre los dos principales partidos camboyanos (el provietnamita de Hua Sen y el nacionalista Frente Unido) y recordaba que el aeropuerto había sido inaugurado solo ocho meses atrás, justo antes del concierto benéfico de José Carreras cuyas entradas costaban entre 500 y 1.500 dólares, yo iba mirando por la ventanilla los rascacielos de ambos lados de la avenida que habíamos recorrido en sentido inverso al llegar y que me parecían, si cabe, aún más anacrónicos que cuatro días antes. Algo debí comentar en voz alta porque alguien, no sé si Pilar o Merche, me contestó que también Pavarotti había financiado la construcción, dos o tres años antes, de una escuela para enseñar arte a los niños de Asia, y yo no pude evitar pensar si era exactamente eso lo que más necesitaban el niño del barrio oscuro y su pequeño hermanito.